

El cine visto desde la orilla virtual

Roberto Madrigal

La crítica de cine de a pie, esa que se hace todas las semanas, tratando de evaluar lo nuevo, con cierta prisa, es un oficio del siglo veinte que resulta una aventura intelectual en el siglo veintiuno. No está en extinción, pues gracias a la internet se ha multiplicado en los últimos años, a pesar de haber casi desaparecido de lo que queda de la prensa plana.

Dada la proliferación de blogs, sitios en la red, revistas virtuales y opiniones en Facebook, la credibilidad de un crítico es hoy en día difícil de establecer. El lector debe navegar entre una variada multiplicidad de opiniones. El crítico, más allá de aquellos que tienen el respaldo de medios de comunicación establecidos y reconocibles, que conceden la autoridad de la cultura mainstream, entre los que se pueden contar aquellos que escriben para revistas de gran difusión o altamente especializadas pero con una tradición en el campo del cine, es como un náufrago que espera ser rescatado por una audiencia.

Escribir sobre cine es una proposición ambivalente. Por un lado, en el mundo virtual, el alcance es casi ilimitado, pero por otra parte, uno termina no sabiendo exactamente para quién escribe y la crítica cotidiana requiere de una interacción con el lector. Se reciben comentarios y por primera vez existe acceso inmediato a las opiniones de los lectores, pero a su vez, hay que saber cómo enfrentarse y aceptar las consideraciones de quienes nos leen.

En mi caso, el reto me ubica en mi ambiente natural. Siempre he sido un marginal en lo que respecta al cine. Primero por ser marginado en mi país, Cuba, por razones políticas, luego, porque en mi país de adopción, los Estados Unidos, decidí escribir en mi lengua materna, lo cual me margina de la mayor parte de la población. Es una limitante que acepto sin remordimientos.

Estoy acostumbrado a hacer las cosas por cuenta propia. En Cuba a falsificar pases de crítico para asistir a cuanta película pudiera y a crear, junto a unos amigos, una especie de cine-club o de grupo de fanáticos del cine que solamente por reunirnos a discutir nimiedades artísticas, nos hacía peligrosos y mal vistos ante los detentores del poder cultural. En Estados Unidos, ya en Cincinnati, me incorporé a un grupo de aficionados y junto con un amigo, lo llevamos a la

profesionalización, lo que derivó en su final. He creado mis propias plataformas para dejarme escuchar.

En 1981 Heberto Padilla me abrió las páginas de *Linden Lane Magazine* para que escribiera sobre cine lo que quisiera. Tras publicar esporádicamente en algunos medios de prensa como *El Miami Herald*, *The Cincinnati Enquirer* y *Dialog*, no fue casi hasta que comencé mi blog en el 2010 que comencé a escribir críticas de cine con regularidad.

Wilfredo Cancio me ofreció espacio en su revista electrónica *Café Fuerte* y luego mi amigo de muchos años, Alejandro Armengol, me ofreció publicar en *Cubaencuentro*, la revista cultural que dirige. El blog lo desvié hacia otros temas y he publicado regularmente en dicha publicación desde 2012.

Este es el único respaldo “institucional” que he tenido. No soy de los críticos que reciben de antemano los DVD de los estrenos. Nunca he hecho vida gregaria con directores de cine, ni con guionistas, ni con otros críticos, aunque conozco superficialmente a muchos. Quizá eso me da una libertad de expresión inusitada. Puedo decir lo que quiero sin temor a ofender, aunque a veces sin querer ofenda. Soy responsable de escoger sobre lo que escribo.

Este libro recoge las críticas publicadas en los medios anteriormente mencionados. Añado, al final, una sección sobre listas de cine, porque soy un aficionado a las listas, ya que disfruto su poder de convocatoria para la discusión y porque han tenido un lugar importante en mi vida. Eso lo explico en las introducciones a las diferentes listas. Creo que hace al libro más interesante.

Soy un crítico autodidacta. Mis libros formativos fueron *¿Qué es el cine?*, de André Bazin, *El cine americano*, de Andrew Sarris y *Un oficio del siglo XX* de Guillermo Cabrera Infante. Aunque ahora me doy cuenta (entonces no pensaba así) de que gracias a Héctor García Mesa como director de la Cinemateca de Cuba, vi bastante buen cine, me acostumbré a leer el cine que se nos prohibía, a imaginarlo desde la lectura y ahí comprendí el poder de la crítica. Fui un ávido consumidor de *Cahiers du Cinema*, *Film Quarterly*, *Cineaste*, *Positif*, *Sight and Sound* y *Film Comment*, que nos las procurábamos anárquicamente y como podíamos, dadas las dificultades que se enfrentan en Cuba debido a la censura, entre un grupo de amigos fanáticos del cine.

Espero haber cumplido con mi propósito para escribir una crítica. Pienso que una buena crítica tiene que informar, intrigar e interpretar. La información pone a la película en contexto, no solo la trama y los personajes, sino los realizadores y los actores también. Se intriga narrando un poco de la trama y comentando el curso del guión, de la edición y de la temática. Luego es requerido

que el crítico interprete, que dé su opinión sobre los aspectos estéticos y de contenido que se hayan logrado o no, pero en una forma que suscite a la discusión. Que ofrezca una opinión personal y fuerte, pero que se exponga abierta a otros discursos.

Los títulos de las películas están mayormente en inglés, porque es el idioma en que las conocí. Me he limitado a lo que se estrena cada viernes, tanto en cines como en medios virtuales, que esté al alcance del individuo promedio. No reviso festivales ni presentaciones. La nota sobre Panahi que abre el libro, se incluye porque fue el inicio de la trayectoria que nos trae aquí.

Separé en una sección a las películas cubanas porque entiendo que la mayoría de mis lectores son cubanos y el tema les interesa. Aparte de mi sesgo político que a veces me es imposible contener, creo que he tratado a las películas cubanas con el mayor respeto, sin paternalismos, exigiéndoles lo mismo que le exijo a cualquier obra de arte, midiéndola bajo los mismos patrones estéticos que utilizo para el cine del resto del mundo y tratando de ser lo más objetivo posible en un oficio que tiene mucho de juicio subjetivo.

Para terminar quiero agradecer a todos los que me han acompañado en este ya largo recorrido, que me han motivado a ver el cine con ojo crítico y a divertirme en el intento. Los que hemos viajado juntos por muchos motivos, aunque ya existan enemistades o defunciones entre nosotros que ahora nos separan irremediabilmente.

Empiezo por quien ha sido mi compañera de luneta estos últimos veintidós años, Orietta. Por supuesto, los ya mencionados Padilla, Cancio y Armengol por la oportunidad que me dieron. El resto son los que compartimos horas en la Cinemateca, o en cualquier cine habanero, con la posdata obligatoria para discutir una película o simplemente pasar un buen rato, o aquí en los Estados Unidos, las amistades que conocí a través del cine. Ellos son: Orlando Alomá, con quien he seguido una interminable amistad cinematográfica, Rafael Alhama, Luis García, Jorge Posada, Antonio Mazón, Héctor Navea, Magali Iglesias, Nicolás Lara, Armando Collado, Jorge Yglesias, Benjamín Ferrera, Martha Escriba, Alejandro Ríos, Juan Carlos Granados, Franklin Romero, Frances Seiglie, Jesús Suárez, Antonio Anguiano, Stephan Bless, Lynn Estomin, Filiberto Hebra, Rafael Saumell, Roberto Yanes, José Luis Pérez y John Sayles. Ya no están todos los que son, pero el cine nos une en la memoria.

A Juan Si González le doy las gracias por la portada. Primera vez que un artista de verdad se ofrece a diseñarme algo. A mi hija Nicky, le agradezco su apoyo definitivo.